

# ILUSTRACIÓN Y LIBERTADES

## Revista de Pensamiento e Historia de las Ideas

Nº 2, 2011



Sevilla, 2011

## GENEALOGÍAS DEL GÉNERO

MABEL ALICIA CAMPAGNOLI  
*IdIHCS, FSoc, Universidad de Buenos Aires*

### Resumen

El artículo presenta los recorridos del concepto "género" a lo largo del siglo XX para comprender la convergencia de dichas conceptualizaciones en autoras/es contemporáneas/os que se ubican en la perspectiva teórico política del feminismo *queer*. Con este objetivo, se consideran dos genealogías del concepto: la primera, entre los 40 y los 80, revisa los usos del término por parte de las Ciencias Médico Psiquiátricas, las Ciencias Sociales y los Feminismos. La segunda, rastrea las resignificaciones feministas del "género" desde fines de los 80 hasta la actualidad.

**Palabras clave:** Género, Genealogías, Sexo, Sexualidades, Feminismo *queer*

### Abstract

The article presents the trajectory of the concept "gender" throughout the twentieth century to understand the convergence of these conceptualizations in contemporary authors that are placed on the theoretical and politics perspective of queer feminism. With this objective, we consider two genealogies of the concept: the first, between 40 and 80, reviews the uses of the term by the Psychiatric Medical Sciences, Social Sciences and Feminisms. The second traces the feminist reinterpretations of the genre, from the late 80's to today

**Key Words:** Gender, Genealogies, Sex, Sexualities, Queer feminism

### Introducción

*¿Por qué afirmo que soy una mujer? (Neus Campillo)*

Tanto mi militancia en el feminismo como mi formación teórica académica en el ámbito, están marcadas por la conceptualización de la noción de género. En el plano personal, esto me condujo a posicionarme en una postura identitaria, a hacer conciente mi "ser mujer"

junto a la consideración de que el sujeto político del feminismo son “las mujeres”. En el plano académico, mi formación está condicionada por el involucramiento en estudios interdisciplinarios de género.

Esta situación biográfica evidencia cuál fue el juego de importaciones teóricas influenciado por el lugar de subalternidad de Argentina como nación latinoamericana, a partir del cual la categoría de género fue la priorizada por las unidades académicas locales al incorporar a sus filas el impacto conceptual de los movimientos políticos feministas.

En el siglo XXI, tanto a nivel local como global, a pesar de la complejización de los estudios de género, en el atravesamiento con los postestructuralismos y los estudios *queer*, el término “género” se masifica y se despolitiza. Así, hay en principio dos perspectivas que invitan a su abandono. Por un lado, la mencionada, que considera que el vaciamiento del término a medida que se extiende su uso, amerita dejarlo de lado; sobre todo porque una de las consecuencias es que se reduzca “género” a “mujeres” y se termine en una mera contabilidad de sujetos. Por otro lado, la que considera que el concepto queda anclado a binarismos insalvables como los de naturaleza (sexo) / cultura (género), esencialismo / constructivismo o mujer / varón, por citar algunos ejemplos.

Ante estas invitaciones, me planteo dos interrogaciones. Por un lado, ¿cuáles son las incomodidades y violencias que marcan mi presente? ¿Me resulta políticamente satisfactoria hoy una postura identitaria?

Un punto de inflexión para que pueda hacerme estas preguntas, lo marcó mi participación en el Encuentro Nacional de Mujeres del año 2000 en Argentina. En esa oportunidad, algunas travestis feministas quisieron asistir al Encuentro, lo que suscitó debates y controversias. Más allá de los discursos desarrollados, esta petición despertó los fantasmas adormilados del Imaginario Social Instituido<sup>1</sup>: ¿Cuál era el requisito para incluirse en un Encuentro Nacional de Mujeres? ¿Poseer una “bio-vagina”? El proceso Instituyente de la innovación se va historizando poco a poco, como lo refiere mi compatriota Lohana Berkins, travesti feminista:

“Me detendré brevemente en contarles que compartiendo este espacio con compañeras feministas, algunas de nosotras comenzamos a levantar las banderas de este movimiento e incluso a definimos también nosotras como

<sup>1</sup> En el par Instituido/Instituyente sigo a Castoriadis, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad*. IyII BsAs: Tusquets, 1995.

feministas. No obstante, la mirada de algunas de ellas sobre nosotras sigue situándonos en nuestro origen biológico masculino. De ahí que en el año 1996 se nos prohibiera la entrada a unas jornadas feministas que se realizan anualmente [en BsAs]. De ahí también que bastante después [2000] se nos prohibiera la entrada a uno de los encuentros nacionales feministas, realizado éste en la ciudad de Río Ceballos, Córdoba. La identidad travesti inquieta aún hoy al colectivo feminista al punto de introducir una ruptura dentro del movimiento que aún no está saldada. Pese a la negativa, manifestada casi por la mayoría, de permitimos participar en el encuentro feminista mencionado, un grupo de compañeras realizó el primer taller sobre travestismo y feminismo en el mismo”<sup>2</sup>.

Por otro lado, y como consecuencia de lo anterior, ¿por qué seguir avalando la categoría “género”? ¿Resulta útil y productiva para una política feminista? ¿Puede hoy plantearse a “las mujeres” como sujeto político del feminismo?<sup>3</sup>

Encuentro la posibilidad de hacer converger ambas series de interrogantes en el trazado de genealogías de “género” que permitan vislumbrar su potencial político a la vez que inscribir e inteligir las incomodidades personales<sup>4</sup>.

## Genealogías

*El saber no ha sido hecho para comprender, ha sido hecho para hacer tajos (Michel Foucault)*

El modo en que trazaremos las genealogías del género en este trabajo, está inspirado en las lecturas foucaultianas de Nietzsche. Según

<sup>2</sup> Berkins, Lohana: “Un itinerario político del travestismo” en Maffia, Diana (ed) *Sexualidades Migrantes. Género y Transgénero* BsAs: Feminaria, 2003, págs. 130 y 131.

<sup>3</sup> En la contraposición ellas (feministas) / nosotras (travestis) que presenta la cita, me sitúo históricamente en la fractura del primer término; es decir, formo parte de las feministas que entonces nos preguntamos “¿una travesti en el encuentro?”. No estuve a favor de cerrar las puertas, pero confieso que me hice la pregunta mencionada. Esa interpelación marca en mi historicidad un punto de inflexión, una puesta en crisis respecto de lo que entendía por sujeto del feminismo, por “identidad sexual” y por “ser mujer”.

<sup>4</sup> En este artículo ofrecemos un esbozo de esta tarea genealógica que no es exhaustiva. En particular, desatiende la complejidad de las apropiaciones del “género” al centro y sur del continente americano.

esta influencia, resulta prioritaria la crítica a la noción de “origen” como momento y lugar de inicio de un camino continuo que podría remontarse para desocultar la verdad que tal comienzo encerraría. Por lo tanto, las consecuencias de la reconceptualización del término “genealogía” que realiza Foucault, implican rastrear las procedencias y las emergencias, antes que los orígenes y las continuidades: “La búsqueda de la procedencia no funda, al contrario: remueve aquello que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo”<sup>5</sup>. Tener en cuenta estas intelecciones nos pone en advertencia respecto de considerar que la historia del “género” nos remontaría a un origen único a partir del cual sólo habría continuidad conceptual. Así, nos libra de suponer que si queremos defender el “género” como categoría para el feminismo, la misma debería ser intrínsecamente feminista. Por el contrario, nos enseña que ningún concepto puede tener tal valor intrínseco. En consecuencia, la tarea genealógica de reconstruir los avatares de un concepto, indagar sus diversas procedencias y sus diferentes usos, es condición de posibilidad de un posicionamiento lúcido sobre el mismo.

Con estas pautas trazaremos distintas procedencias y usos del término “género”, analizando sus efectos de sentido en distintos contextos de producción. Un primer rastreo genealógico nos permitirá dar cuenta de su emergencia en la década de los cuarenta y de sus heterogeneidades desde allí hasta la década de los ochenta. La consideración de la coyuntura de los ochenta como un tajo, nos habilita un segundo rastreo, en el que las conceptualizaciones del género ya no remiten exclusivamente al par sexo/género como reproductor de la dupla naturaleza/cultura.

La lógica binaria subyacente en la construcción de la identidad sexual ha sido un modelo hegemónico en el pensamiento occidental. El feminismo clásico, a pesar de sus cuestionamientos a ese modelo, quedó principalmente anclado en el binarismo (primer rastreo genealógico). El feminismo contemporáneo, a partir de la señalada coyuntura de los 80, vuelve sobre la cuestión, “produciéndose en él una tensión entre eliminar la jerarquía -dominio de lo masculino sobre lo

<sup>5</sup> Foucault, Michel: “Nietzsche, la genealogía, la historia” en *Microfísica del poder* BsAs: La Piqueta, 1980, pág.13.

femenino- y eliminar también la misma diferencia de los sexos”<sup>6</sup>. Este es el contexto de producción en el que se enmarca nuestro segundo rastreo genealógico.

### Primera genealogía de género: Tres vertientes terminológicas

*El concepto de “género” no fue originariamente feminista; tuvo una identidad previa, derivada de la investigación en biología y psicología (Rosi Braidotti)*

Una genealogía del género requiere dar cuenta de los múltiples usos del término, que no se reducen a su trayectoria vinculada con el movimiento feminista y su impacto académico. El término, como categoría teórico epistemológica, tuvo otras procedencias en el siglo XX. Por un lado, la Medicina y la Psiquiatría. Por otro lado, las Ciencias Sociales. Además, los feminismos.

El uso médico psiquiátrico del término, si bien se basa en la diferenciación género-sexo, difiere sustancialmente del de las Ciencias Sociales y los feminismos. En estas áreas, el género se introduce para desnaturalizar los roles, en contraposición a un carácter más fijo de lo sexual. Mientras que, el uso médico, entenderá al género como estático y al sexo como ajustable a la medida del primero<sup>7</sup>. Esta diferencia y sus implicancias, pasó mayormente inadvertida para los feminismos y las Ciencias Sociales, siendo revisada en los 90 por militantes *queer*<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Campillo, Neus: “Ontología y diferencia de los sexos” en Tubert, Silvia (ed) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra, 2003, pág.105.

<sup>7</sup> Ver Soley-Beltrán, Patricia: “¿Citaciones perversas? De la distinción sexo-género y sus apropiaciones” en Maffia, Diana (ed) *Sexualidades Migrantes. Género y Transgénero* BsAs: Feminaria, 2003.

<sup>8</sup> Ver Chase, Cheryl: “Hermafroditas con actitud” en GTQ *El eje del mal es heterosexual*. Madrid: Traficantes de sueños, 2005 [ed.or.1998] y Fausto-Sterling, Anne: *Cuerpos sexuales. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina, 2006 [ed. or.2000].

## 1.- Ciencias Médico Psicológicas

El Dr. John Money fue el creador de la categoría de género, quien utilizó por primera vez la noción en su tesis doctoral de 1947. John Money, encargado de la sección de psiconeuroendocrinología infantil del hospital John Hopkins de Nueva York, inventó la noción de género, cuando, tomando prestado el término de la gramática, lo utilizó para referirse al estatus social y personal de un individuo, independientemente de sus órganos sexuales. De esta manera, pretendía abandonar la rigidez que tenía el sexo en el discurso médico del siglo XIX. Ahora bien, al inventar la noción de género, el Dr. Money estaba creando el sexo, ya que al privilegiar el estatuto psicológico de la identidad (género), transformaba en modificable y operable aquello que para el siglo XIX había sido de una fijeza absoluta: el sexo. De todas maneras, su transformación estaba supeditada a la normalización; es decir, al ajuste con la identidad psicológica (género). Es así que realizó, junto a otros médicos, el desarrollo clínico del término, en función de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los niños intersexuales nacidos con órganos genitales que la medicina considera indeterminados.<sup>9</sup>

Para John Money, el término "género" designa a la vez el "sexo psicológico" y la posibilidad de utilizar la tecnología para modificar el cuerpo según un ideal regulador preexistente de lo que un cuerpo humano (femenino o masculino) debe ser. La noción de género de Money es el instrumento de una racionalización de lo viviente en la que el cuerpo es sólo uno de los parámetros.<sup>10</sup>

Con esta perspectiva, el Dr. John Money creó también la noción de "asignación de sexo", considerándola necesaria para los casos de intersexualidad; es decir, en los que los médicos no pueden indicar "a primera vista" el sexo del recién nacido. Este médico considera que el sexo debe asignarse lo más pronto posible, inmediatamente, de manera decisiva e irreversible. El afirma que la identidad sexo / género es modificable hasta los 18 meses aproximadamente (aunque los tratamientos hormonales y quirúrgicos prosigan incluso después de la pubertad).<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Ver Fausto-Sterling, Anne: *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina, 2006 [ed.or.2000].

<sup>10</sup> Ver Preciado, Beatriz: *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa-Calpe, 2008.

<sup>11</sup> Ver Chase, Cheryl: "Hermafroditas con actitud" en GTQ *El eje del mal es heterosexual*. Madrid: Traficantes de sueños, 2005 [ed.or.1998]

Paralelamente, en 1953 el Dr. Harry Benjamin, en un artículo publicado en el *International Journal of Sexology, Transvestism and Transsexualism*, acuñó científicamente el término "transexual" creado por el divulgador médico David Cauldwell en 1950. De este modo, completó la clasificación de las desviaciones sexuales, diferenciando entre travestismo y transexualismo. Desde entonces, se independizó una sexología de la transexualidad, que más recientemente ha empezado a distinguir también el concepto de transgenericidad.<sup>12</sup> Con el término "transexual" Benjamin diferenciaba a los pacientes que requerían una operación de cambio de sexo, de aquellos travestidos.

De este modo, el Dr. Benjamin administró estrógenos y testosterona a pacientes adultos que no se sentían identificados con el sexo que les fue asignado al nacer. El estudio de Benjamin fue el primero en presentar datos clínicos de un gran número de pacientes, en lugar de los estudios de casos individuales que precedieron a su publicación, y allanó el camino para las teorías de identidad de género que siguieron. Benjamin continuó desarrollando el concepto de "sexo" que aplicó a sexualidad, libido y actividad sexual, mientras que "género" pasó a referirse al lado no sexual del sexo. El término "transexual" fue ampliamente utilizado en el contexto clínico después de la publicación de su obra *The Transsexual Phenomenon* en 1966.

En relación al tratamiento, Benjamin consideraba que la psicoterapia podía ser utilizada para tratar travestidos pero que era inútil en el tratamiento de transexuales, el grupo al que consideraba "más perturbado de hombres travestidos". En palabras propias de Benjamin,

"la psicoterapia con el objetivo de curar el transexualismo es un proyecto inútil con los métodos actuales. La falsa orientación de género en la mente del transexual no puede ser cambiada [...]. Dado que es evidente, pues, que la mente del transexual no puede ser cambiada en su falsa orientación de género, es lógico y justificable intentar lo opuesto, ajustar el cuerpo a la mente".<sup>13</sup>

Así pues, Benjamin se convirtió en un defensor de la intervención quirúrgica en contraste con Cauldwell, quien no la defendía. En 1958

<sup>12</sup> Ver Giberti, Eva: "Trangéneros: síntesis y aperturas" en Maffia, Diana (ed) *Sexualidades Migrantes. Género y Transgénero* BsAs: Feminaria, 2003.

<sup>13</sup> Benjamin citado en *Ibid*; n.7, pág. 62.

se había establecido el *Gender Identity Research Project* en el centro médico de la Universidad de California, para el estudio de intersexuales y de transexuales, donde el psicopatólogo Robert Stoller discutió y generalizó los hallazgos del proyecto. Stoller introdujo el término “identidad genérica” en el Congreso Psicoanalítico Internacional de Estocolmo en 1963. Abrió el camino para el uso extendido del término “disforia de género” tomado como “el sentido de malestar e incomodidad acerca de la identidad de uno como hombre o mujer que se siente en oposición al sexo físico de uno”.<sup>14</sup>

En principio el género fue entendido como un sentimiento interior que constituye el sentido de la “identidad nuclear personal”. Stoller teorizó dicha convicción interior como un desarrollo de la temprana infancia difícilmente alterable. Ciertos sujetos presentaban una discordancia entre su “género” y su “sexo”. Dado que la “identidad nuclear de género” se consideraba inalterable, la única opción viable para aliviar el sufrimiento de los pacientes era operar anatómicamente, es decir intervenir en el cuerpo “sexuado” para conseguir la deseada coherencia entre “sexo” y “género”. En suma, la “solución” para la disforia de género que se concibe desde el modelo médico consiste en tratar el sexo, es decir, cambiar el cuerpo para alinearlos de forma coherente con las definiciones normativas de género. El término “disforia de género” se acuñó con el objetivo de clarificar los problemas conceptuales de diagnóstico que no habían sido todavía resueltos después de una complicada historia de usos y definiciones de los términos travestido, transexual y otros.

“Disforia de género” tiene un alcance más amplio que “transexual” ya que incluye todas aquellas personas que experimentan “un profundo disgusto con su rol físico y sexual”. Desde la década de 1970 la expresión “disforia de género” se convirtió en un término “paraguas” que incluye transexuales, travestidos y homosexuales afeminados pasivos.

El modelo médico ha sido muy criticado por esencializar el transexualismo y la identidad de género. A pesar de su autopercepción como propagadores de “actitudes hacia la sexualidad más ilustradas y liberales y científicas”, el trabajo de médicos e investigadores como Benjamin, Money, Stoller, refleja una actitud hacia el género sumamente tradicional. El médico Shapiro los critica afirmando que “tratar cuestiones

<sup>14</sup> *Ibid.* n. 13.

de género por medio del cambio de sexo quirúrgico es un poco como acercarse a un dermatólogo para solucionar el problema del racismo”.<sup>15</sup>

La primera reacción crítica a estas teorías proviene de la obra de Susan Kessler y Mc Kenna (1978) *Gender: An ethnomethodological approach* y posteriormente, de la emergencia de los movimientos trans e intersex norteamericanos, ya sobre los noventa. En un primer momento, los movimientos feministas reaccionaron desfavorablemente a estas nuevas corrientes, considerando que implicaban un retroceso en sus reivindicaciones.<sup>16</sup> De allí que, en un principio, las feministas hayan desestimado este uso del género, como ajeno a su historia y a sus problemáticas. Un caso extremo fue *The Transsexual Empire* (1979) de Janice Raymond, quien criticó duramente a la transexualidad, calificándola de paso de hombre a mujer fabricada, poniendo el acento del “ser mujer” en una anatomía, unos cromosomas y una socialización, no compartidos por los hombres.

## 2.- Ciencias Sociales

En las Ciencias Sociales, entre las décadas del cuarenta y de los sesenta del siglo XX, diversos estudios introducen la consideración de la cuestión de género aunque sin hacer de ella algo demasiado central ni incorporar explícitamente el término. Pero, incluyen la reflexión sobre los significados de la diferenciación sexual.

Desde la antropología, cuando la norteamericana Margaret Mead publica *Sex and Temperament in Three Primitive Societies* (1935), confirma el peso de la cultura para determinar no sólo los papeles sexuales sino las conductas y comportamientos externos. La antropóloga mostró que en todas las sociedades analizadas por ella se hacía distinción entre aquello que se consideraba propio de los varones y aquello que se consideraba propio de las mujeres, pero el tipo de actividades y aptitudes que se atribuían a unos y otras, como características propias, variaba. De este modo, el sexo resultaba biológico mientras que el

<sup>15</sup> Shapiro citado en *Ibid.* n. 7, pág. 65.

<sup>16</sup> En cierto modo, todavía sigue siendo ésta la consideración. Pues aceptar las críticas a la normatividad binaria “varón” / “mujer” implica tener presente la pregunta por “cuál es el sujeto del feminismo” y “cuáles son sus reivindicaciones”. La hipótesis que alienta este trabajo es la de que el feminismo incluye estos planteos y estas movilizaciones.

comportamiento de género era una construcción social. Igualmente, en *Male and Female* (1949) indagó cómo lo femenino y lo masculino no son lo mismo para diferentes culturas.

En el campo de la sociología, el funcionalismo norteamericano manifiesta la convicción de que la familia cumple una función esencial en el desarrollo de la sociedad. Talcott Parsons (*Familia, socialización e interacción*, 1955) introduce la idea de que existen roles sexuales, masculino y femenino, como hay otros tipos de roles en las relaciones sociales (políticos, laborales, etc.). Se trata de una fuerte ruptura con las ideas naturalistas que todavía quedaban en la sociología. Para este sociólogo, es la importancia de las funciones que cumple la familia en la sociedad lo que hace que sea de naturaleza social la diferenciación de roles sexuales, lejos de ser motivada por causas puramente reproductivas. Son las instituciones socializadoras las que fuerzan a los individuos varones y a los individuos mujeres a interiorizar los roles que se les han destinado respectivamente, de tal manera que no sean asumidos como imposiciones externas, sino como características de la personalidad diferenciada de cada uno. El objetivo es la estabilidad social antes que una mirada crítica sobre su ordenamiento.

Igualmente, en la teoría social europea, los aportes de Claude Lévi-Strauss con *Las estructuras elementales del parentesco* (1949) desde el estructuralismo francés muestran que las identidades sexuales proceden de la cultura y no de la biología. El autor también considera que la división sexual del trabajo no es otra cosa que un mecanismo para construir un estado de dependencia recíproca entre los sexos. Sin embargo, no exploró las implicancias de esa dependencia. En el mismo año, desde la filosofía existencial, Simone de Beauvoir publica *El segundo sexo* que, si bien no utiliza el término género, destaca la separación entre biología y cultura, cuestionando el *eterno femenino* con que se cosifica la existencia de las mujeres y mostrando que “ser mujer” es un devenir histórico. Por tal razón es considerada la mediadora en la apropiación de la categoría “género” por parte del feminismo:<sup>17</sup>

“La adopción del término “género”, como una noción dominante, por parte de las feministas, se dio por intermediación de Simone de Beauvoir. [...] El

<sup>17</sup> Retomaremos algunas consideraciones de Simone de Beauvoir para comprender la propuesta de Judith Butler en la segunda genealogía.

énfasis que pone en las bases culturales que sustentan la supuesta inferioridad de las mujeres y su correspondiente programa de liberación mediante la transcendencia inauguran la distinción entre sexo y género que daría al feminismo su *titre de noblesse*”.<sup>18</sup>

Como señala Donna Haraway,<sup>19</sup> la construcción de lo que podría pasar por una mujer (o un hombre) se convirtió en un problema para los funcionalistas burgueses y los existencialistas prefeministas en el mismo período histórico posbélico en el que las bases sociales de las vidas de las mujeres en un sistema mundial capitalista y dominado por el hombre estaban siendo reformuladas. Es así que el discurso sobre las diferencias de sexo y género explotó en la literatura sociológica y psicológica de los EEUU durante los setenta y los ochenta, plasmado en el debate entre “determinismo biológico” y “construccionismo social”.

### 3.- Feminismos

Fundamentalmente en los setenta, a medida que las movilizaciones feministas de la segunda ola<sup>20</sup> impactan en las academias, muchas feministas (incluidas las socialistas y las marxistas), situadas dentro del entramado binario epistemológico de naturaleza/cultura, se apropian de la

<sup>18</sup> Braidotti, Rosi: *Sujetos nómades* Barcelona: Paidós, 2000, págs. 212 y 214.

<sup>19</sup> Ver Haraway, Donna: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, 1995, [ed.or.1991].

<sup>20</sup> Consideramos “primera ola” la que va desde las reivindicaciones ilustradas del siglo XVIII hechas por mujeres y por varones en el marco de la polémica sobre la inclusión de las mujeres en la ciudadanía (Marqués de Condorcet, Olympe de Gouges, Theodor von Hippel, Mary Wollstonecraft), pasando por los movimientos sufragistas hasta el logro de los derechos políticos en el siglo XX. Es decir, involucra avances en el acceso a la educación, al trabajo y a la práctica del voto, así como a los derechos civiles. La “segunda ola” es específica del siglo XX, a partir de que se analizan las insuficiencias de estos logros formales y se comprende la necesidad de transformar también los vínculos socio-afectivos cotidianos, la construcción de las subjetividades, la separación entre esferas (pública / privada). Una manera de caracterizar las complejidades de esta tendencia es el lema de “lo personal es político”. Ver Puleo Puleo, Alicia (ed): *La Ilustración olvidada: la polémica de los sexos en el siglo XVIII* Barcelona: Anthropos, 1993, Puleo, Alicia (ed): *El reto de la igualdad de género* Madrid: Biblioteca Nueva, 2008, Valcárcel, Amelia: “La memoria colectiva y los restos del feminismo” en Valcárcel, Amelia y Romero, Rosalía (eds) *Los desafíos del feminismo ante el siglo XXI* Sevilla: Hypatia, IAM, 2000 y Valpuesta, Rosario: “La ciudadanía de las mujeres. Una conquista femenina” en de la Fuente Núñez de Castro, M<sup>a</sup> Soledad y Liñán García, Ángeles (coords) *Género y Derecho. Luces y sombras en el ordenamiento jurídico español*. Málaga: CEDMA, 2008.

distinción sexo/género para defender la primacía de cultura-género sobre biología-sexo en una multiplicidad de debates en Europa y en los EEUU.

Las reflexiones sobre las relaciones entre los sexos como relaciones de poder, fueron primero inteligidas desde el concepto de patriarcado Kate Millet, (1970) hasta que la antropóloga Gayle Rubin (1975) propone sustituirlo por el de sistema sexo/género, buscando integrar en sentido psicomarxista, los dos aspectos de la sociedad: productivo y reproductivo. Para la autora, un sistema de sexo/género es el momento reproductivo de un modo de producción:

“(…) toda sociedad tiene algunos modos sistemáticos de tratar el sexo, el género y los bebés. Ese sistema puede ser sexualmente igualitario, por lo menos en teoría, o puede ser “estratificado por géneros”, como parece suceder con la mayoría o la totalidad de los ejemplos conocidos. Pero es importante -aun frente a una historia deprimente- mantener la distinción entre la capacidad y la necesidad humana de crear un mundo sexual, y los modos empíricamente opresivos en que se han organizado los mundos sexuales. Sistema de sexo/género, por otra parte, es un término neutro que se refiere a ese campo e indica que en él la opresión no es inevitable, sino que es producto de las relaciones sociales específicas que la organizan”.<sup>21</sup>

Con esta propuesta intenta superar el universalismo y la ahistoricidad en los que se caía con el término patriarcado. Rubin introduce “sistema *sexo/género*” para referirse al conjunto de convenciones en las que se apoya la sociedad para transformar la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y dentro de los cuales se satisfacen esas necesidades sexuales transformadas. Así, no incorpora *género* para sustituir a *sexo* sino que éste resulta esencial para el significado de *género*. De este modo, biología y cultura hacen un trabajo conjunto que se asienta en la primera. Si bien la autora disipa cualquier determinismo, mantiene la dicotomía y, en todo caso, el énfasis biológico, del que quiere suprimir las implicancias socialmente construidas:

“El sueño que me parece más atractivo es el de una sociedad andrógina y sin género (aunque no sin sexo), en la que la anatomía sexual no tenga

<sup>21</sup> Rubin, Gayle: “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo” en Navarro M y Stimpson C. (comp) *¿Qué son los estudios de mujeres?* México: FCE, 1998 [ed. or. 1975], pág. 105.

ninguna importancia para lo que es una persona, lo que hace y con quién hace el amor”.<sup>22</sup>

La autora enfatiza la historicidad de las vinculaciones sexo/género evitando una universalidad de su propuesta, aunque, como señala Nicholson (2003: 50):<sup>23</sup> “Esta idea de la relación entre la socialización y la biología hace posible lo que podríamos llamar la identidad del *perchero*”.<sup>24</sup> La ventaja de esta posición es que permite abordar tanto las diferencias como las semejanzas entre las propias mujeres. Si consideramos que el cuerpo es un perchero común en el que cada sociedad cuelga sus normas de comportamiento y personalidad, nos explicaremos cómo pueden ser idénticas algunas normas en sociedades diferentes, mientras que otras son completamente distintas. Sin embargo, afirmar que la identidad sexual es una construcción social no implica necesariamente dejar de considerarla un fenómeno universal, como muchas veces sucede:

“De ahí que muchas feministas hayan llegado a pensar que la identidad sexual es una construcción social y, al mismo tiempo, un hecho común a todas las culturas. Cuando se sostiene esta posición y se defiende la independencia entre género y sexo, es imposible no pensar que las distinciones básicas de la Naturaleza, en sus niveles más elementales, se basan o se manifiestan en la identidad humana. Llamo a esta idea *fundacionalismo biológico*”.<sup>25</sup>

En el caso de la distinción masculino/femenino, este fundacionalismo consistiría en pensar que las distinciones elementales de la Naturaleza se manifiestan en la identidad sexual, un conjunto de criterios comunes a las diversas culturas para distinguir al hombre de la mujer. Este es el peligro de defender la independencia entre género y sexo: evitar el determinismo biológico pero defender la presunción de semejanzas entre las culturas.

<sup>22</sup> *Ibid*; n.21, pág. 135.

<sup>23</sup> Nicholson, Linda: “La interpretación del concepto de *género*” en Tubert, Silvia (ed) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra, 2003, pág.50.

<sup>24</sup> Con esta expresión se alude al cuerpo como percha y a las diferentes características identitarias como prendas que se cuelgan de él.

<sup>25</sup> *Ibid*; n.23, pág.51.



Por su parte, para la historiadora Joan Scott “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basado en las diferencias que se perciben entre los sexos; y es una manera primaria de significar las relaciones de poder”.<sup>26</sup> Para esta definición Scott incorpora la perspectiva del poder de Foucault, rescatando su dimensión microfísica, constitutiva de todas las relaciones sociales. Esta noción del poder se distancia de los modelos provenientes del ámbito jurídico liberal y del marxismo.

El primero, considera al sujeto soberano por naturaleza, cuya soberanía debería reconocerse y validarse por la ley. Así, el poder se centraliza y emana de instituciones positivas tales como el Estado o el sistema jurídico. Foucault abandona la noción de sujeto autónomo y soberano que posee/cede el poder, para proponer una concepción del sujeto situado, producto de una relación de poder específica. Al mismo tiempo, Foucault va a deshacerse del esquema marxista de dominación/revolución según el cual el poder emana de las estructuras económicas. Perspectiva en la que el poder siempre es dialéctico y opone grupos antagónicos. Al considerar las operaciones del poder como “tecnologías”, destaca su matiz productivo; por lo tanto, rechaza los modelos de poder coercitivos y represivos.

Con estas consideraciones, vemos que la segunda parte de la definición de Scott corresponde a las relaciones significantes de poder. De todas maneras, podríamos cuestionarle que el género no es el único campo en el cual o por medio del cual se articula el poder (control diferencial sobre los recursos materiales y simbólicos, o acceso a los mismos). Habría que articular la dimensión horizontal, microfísica y difusa del poder (Foucault) con una dimensión vertical institucional que reconoce lugares de condensación del mismo, como el Estado.<sup>27</sup>

En cuanto a la primera instancia de la definición de Scott, en tanto elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias sexuales que se perciben, el género posee cuatro elementos: 1) los símbolos disponibles culturalmente (evocan representaciones múltiples y a menudo contradictorias, como las de Eva y María) 2) los conceptos normativos que definen las interpretaciones de los significados de los

<sup>26</sup> Scott, Joan: “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en Cangiano, Cecilia y DuBois, Lindsay (eds) *De Mujer a Género*. BsAs: CEAL, 1993 [ed.or. 1985], pág. 35.

<sup>27</sup> Poulantzas, Nicolás: *Estado, poder y socialismo* BsAs: Siglo XXI, 1986.

símbolos en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas (doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, que afirman categóricamente los significados, como si esas normas fueran producto del consenso y no del conflicto) 3) la noción de política y las instituciones sociales (sistema de parentesco, mercado de trabajo, educación, política) 4) la identidad subjetiva.<sup>28</sup>

El aporte de Joan Scott es sumamente integrador de las distintas dimensiones sociales que abarca el género. Su definición es una de las que ha resultado más instrumental para la investigación en diferentes disciplinas. En ella considera el planteamiento de Gayle Rubin pero no reduce el ámbito del género a lo reproductivo, sino que muestra su pertinencia en toda dimensión de lo social. Sin embargo, también recibe críticas por ser un planteo tan abarcativo, pues “no se ve la utilidad de capturar en un único vocablo una multiplicidad de significaciones; en interés de la claridad, sería más conveniente explicitar aquello que se quiere indicar recurriendo a tantos términos como sean necesarios”.<sup>29</sup>

Un valor inestimable de la propuesta de Joan Scott es el de visibilizar la gran complejidad del género, resaltando además el carácter analítico y relacional de la categoría, así como la imposibilidad de escindir el género de otras dimensiones analíticas como la clase y la raza:

“De acuerdo con esta visión, las mujeres y los hombres son definidos uno en relación con el otro, y no se puede comprender a ninguno estudiándolo separadamente. [...] Es una manera de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas del hombre y la mujer. El género es, en esta definición, una categoría social que se impone sobre un cuerpo sexuado. [...] Como categoría analítica, debe articularse con la clase y la raza”.<sup>30</sup>

Entendemos que las definiciones de Gayle Rubin y de Joan Scott son dos referentes imprescindibles en una genealogía del género, que han habilitado múltiples trabajos en la investigación feminista, aunque percibamos sus limitaciones de quedar ancladas en la biología y en la dicotomía.<sup>31</sup>

<sup>28</sup> *Ibid*; n.26, págs. 35-37.

<sup>29</sup> Tubert, Silvia: “La crisis del concepto de género” en *Del sexo al género*. Los equívocos de un concepto. Madrid: Cátedra, 2003, pág.15.

<sup>30</sup> *Ibid*; n.29, págs. 18 y 22.

<sup>31</sup> El recorte que implica tomar a estas dos autoras es muy abrupto, pero consideramos que el amplio debate que marcó los setenta y los ochenta estuvo pautado por estas definiciones,

Si tenemos en cuenta lo señalado en cada una de las tres vertientes, vemos que en contraposición con la distinción sexo-género en los protocolos médicos, la utilización feminista de la distinción desplazó el significado de “género”, ya que convirtió en una categoría sociológica lo que originalmente era una categoría psicológica en el discurso médico. En éste el género fue principalmente articulado mediante la noción de “identidad nuclear de género” de Stoller, es decir, “la auto-imagen en relación a la pertenencia a un sexo específico”.<sup>32</sup> Así pues, en el discurso médico sobre transexualismo, el término “género” se utiliza para referirse a la propia convicción sobre la (in)corrección de la asignación de género. “Género” es aquí una condición fija e inalterable, pero autónoma del “sexo” biológico.<sup>33</sup> En contraste, en la teoría feminista el “género” se concibe como maleable y el sexo biológico como fijo e indiscutible (aunque no determinante de las definiciones colectivas de la feminidad y la masculinidad). En consecuencia, el uso feminista difiere del propósito original de la distinción: caracterizar la identidad de género como fija e indiscutible, y el cuerpo como modificable. Aunque cabe aclarar que tal maleabilidad del cuerpo no es plástica, sino condicionada por el respeto a la norma de la coherencia en la identidad sexual.

### Segunda genealogía de género: descentramientos feministas

La incorporación del concepto “género” en el feminismo había tenido el objetivo de develar el androcentrismo de la sociedad y posibilitar su desestructuración. Sin embargo, un desarrollo estructural de la categoría, conllevó la ubicación de un nuevo centro: la mirada de mujeres blancas burguesas heterosexuales que se arrogaban la representación de las mujeres. Es decir, un feminismo blanco heterocentrado.

que fueron tomando distintos matices según las disciplinas de las autoras que se las apropiaban y/o las discutían, tales como Heidi Hartman, Juliet Mitchell, Iris Young, Nancy Hartsock, Sandra Harding, Evelyn Fox Keller, Catherine Mac Kinnon, Nancy Chodorow, sin exhaustividad. Ver n. 19 y (1995) y Molina Petit, Cristina: *Dialéctica Feminista de la Ilustración*. Barcelona: Anthropos, 1994.

<sup>32</sup> Stoller citado en *Ibid*; n. 7, pág. 66.

<sup>33</sup> Cabe señalar que el paradigma médico sobre la identidad de género continúa vigente, al punto que tal trastorno de identidad figura en el manual de psiquiatría DSM4 siendo el diagnóstico correspondiente el de “disforia de género” como indicamos en el apartado 1, correspondiente a las Ciencias Médico Psiquiátricas.

Incluso cuando algunas lesbianas quisieron ser radicales con dicho centro, reprodujeron por ejemplo su racismo concomitante. Un caso extremo fue el ginecocentrismo de planteos como el de Mary Daly (1978). El esencialismo de esta postura totalitaria y centrista fue desmontado principalmente por la crítica de la militante feminista lesbiana negra Audre Lorde:

“Cuando el patriarcado nos desprecia, promueve nuestro asesinato. Cuando la teoría feminista lesbiana y radical nos desprecia, promueve su propia extinción. [...]”

Si la teoría feminista estadounidense no necesita explicar las diferencias que hay entre nosotras, ni las resultantes diferencias en nuestra opresión, entonces ¿cómo explicáis el hecho de que las mujeres que os limpian la casa y cuidan a vuestros hijos mientras vosotras asistís a congresos sobre teoría feminista sean, en su mayoría, mujeres pobres y mujeres de Color?<sup>34</sup> ¿Qué teoría respalda el feminismo racista?”<sup>35</sup>

Una ceguera étnica persistente conllevó la subalternización de diversas “otredades” no hegemónicas. Particularmente los ochenta fueron marcados por las voces “otras” que se desgajaban de lo Uno para mostrar, como señala Judith Butler, lo erróneo de suponer anticipadamente que hay una categoría de “mujeres” que simplemente deba poseer distintos componentes de raza, clase, edad, etnicidad y sexualidad para que esté completa.<sup>36</sup>

Entre los setenta y los ochenta, el proceso de críticas postcoloniales que incluyó también a los feminismos incorporó vertientes étnicas, de opciones sexuales no hétero, nacionalidades subalternas... Como señala Celia Amorós, la crítica anticolonialista y la crítica feminista convergieron denunciando tanto el androcentrismo como el etnocentrismo, como dos modalidades distintas de lo que Seyla Benhabib denomina “universalidad sustitutiva”; es decir, una maniobra fraudulenta

<sup>34</sup> Mujeres tercermundistas en EEUU eligieron autodenominarse “de Color” con mayúsculas, abarcando en ese término diferentes etnias, procedentes de poblaciones americanas, africanas, asiáticas...

<sup>35</sup> Lorde, Audre: *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Barcelona: horas y Horas, 2003, [ed.or.1998], págs. 62 y 118.

<sup>36</sup> Butler, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2001 [ed.or. 1990], pág. 68.

por la cual “una particularidad no examinada” se propone a sí misma como “lo universal”.<sup>37</sup>

Así surgieron grupos de mujeres “de Color” y “tercermundistas” que denunciaban la construcción de un centro y de una totalidad cerrada por parte del feminismo, en países dominantes que habían constituido imperios, principalmente angloparlantes, aunque no en exclusiva.<sup>38</sup> Para seguir los ejemplos estadounidenses, tenemos el caso de Adrienne Rich haciendo visible la marginalidad del lesbianismo dentro de la militancia feminista:

“La teoría feminista no puede permitirse más el lujo de la mera expresión de tolerancia hacia el ‘lesbianismo’ en cuanto modo de vida alternativo ni de hacer alusiones simbólicas a lesbianas. Hace tiempo que debería haberse hecho una crítica feminista sobre la orientación a la heterosexualidad obligatoria en las mujeres. (...) La heterosexualidad, tanto como la maternidad, debe ser estudiada como una institución política por ser el mecanismo básico del mantenimiento del patriarcado”.<sup>39</sup>

O el de Gloria Anzaldúa manifestando la subalternidad de las chicanas, descendientes de los pueblos originarios americanos:

“Para la mujer tercermundista que tiene, si acaso, un pie en el mundo feminista literario, la tentación es grande de adoptar las modas actuales de sentir y de teorizar, las últimas verdades a medias del pensamiento político, los axiomas psicológicos dirigidos a medias de la nueva era que son predicados por el establecimiento feminista blanco. Sus discípulas son notorias por “adoptar” a mujeres de color como su “causa” mientras aun esperan que nosotras nos adaptemos a sus expectativas y a su lenguaje”.<sup>40</sup>

<sup>37</sup> Amorós, Celia: “Feminismo y multiculturalismo” en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds) *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Vol.3: De los debates sobre el género al multiculturalismo*. Madrid: Minerva, 2005, pág.218.

<sup>38</sup> Fue en las excolonias angloparlantes en las que se forjaron las conceptualizaciones de las teorías postcolonialistas. Ver Femenías, M<sup>a</sup> Luisa: “El feminismo postcolonial y sus límites” en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds) *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Vol.3: De los debates sobre el género al multiculturalismo*. Madrid: Minerva, 2005.

<sup>39</sup> Rich, Adrienne: “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana” en *Nosotras... que nos queremos tanto* N<sup>o</sup>3. Madrid: Colectivo de Feministas Lesbianas, 1985, pág. 29.

<sup>40</sup> Anzaldúa, Gloria: *Borderlands/La Frontera. The New Mestiz*. San Francisco: Aunt Lute, 1987, pág. 221.

Esta puesta en crisis del feminismo blanco heterocentrado fue uno de los síntomas del agotamiento del proyecto moderno ilustrado con sus relatos fundacionales basados en la unicidad de un sujeto capaz de controlar su palabra, su pensamiento y su acción; sostenedor, en consecuencia, de una teleología histórico política. Dos clásicos postcolonialistas feministas condensan la multiplicidad de las críticas descentradas de los feminismos: *All the Women Are White, All the Blacks Are Men, but Some of Us Are Brave: Black Women's Studies* (1982) editado por Gloria Hull, Patricia Bell Scott y Bárbara Smith y *This bridge called my back: Writings by Radical Women of Color* (1983) cuyas editorias fueron Gloria Anzaldúa y Cherrie Moraga. Estos textos han resultado claves para una reflexión del feminismo sobre sí mismo y en consecuencia, para un salto cualitativo en la complejización teórica que ya no podrá desdeñar a los postestructuralismos, incorporando las influencias de las teóricas poscoloniales, las feministas negras, las epistemólogas feministas de las ciencias naturales y las pensadoras lesbianas.

Estas posturas feministas serán críticas del binarismo (naturaleza=sexo/cultura=género) presente en la primera genealogía. Allí se sostenía de alguna manera la “naturalidad” del sexo en contraposición al carácter cultural del género. Esto implica sostener al sexo en un estadio prediscursivo, anterior a la cultura. La incorporación de las perspectivas postestructuralistas impide esta consideración. Superarla conlleva, por un lado, incluir otras implicancias de la noción de poder en Foucault, como es el análisis del Dispositivo de Sexualidad.<sup>41</sup> Por otro lado, relacionar otras propuestas postestructuralistas, como la de Derrida, que va a focalizar principalmente la deconstrucción de los binarismos.<sup>42</sup>

Uno de los problemas de mantener un concepto de género binario, relacional y global, es que permite incurrir en la tentación de que una pueda representar a las “mujeres” o hablar, por ejemplo, en nombre de las de su género. De este modo, resulta fácil invisibilizar las diferencias

<sup>41</sup> Ver de Lauretis, Teresa: *Diferencias*. Barcelona: horas y Horas, 2000 y Butler, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2001 [ed.or. 1990].

<sup>42</sup> Ver n.6, n.41 y Scott, Joan: “Deconstruir igualdad -versus- diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo” en *Feminaria*. Año VII. N<sup>o</sup> 13. BsAs: noviembre, 1994 [ed.or. 1990], Butler, Judith: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. BsAs: Paidós, 2002 [ed.or.1993], Preciado, Beatriz: *Manifiesto contrasexual. Prácticas subversivas de identidad sexual*. Madrid: Ópera Prima, 2002.

al interior mismo de “las mujeres” y las opresiones que allí también se ejercen. Por lo tanto, plantear de esta manera el concepto, sería ocultar la crisis de la representación política:

“Si una noción estable de género ya no resulta ser la premisa fundamental de la política feminista, tal vez ahora sea deseable una nueva política feminista para impugnar las reificaciones mismas de género e identidad, que considere que la construcción variable de la identidad es un requisito metodológico y normativo, además de un fin político. [...] Tal vez, paradójicamente, se muestre que la “representación” tendrá sentido para el feminismo sólo cuando el sujeto de las “mujeres” no se dé por sentado en ningún aspecto”.<sup>43</sup>

Este contexto de producción, marcado por la crisis de la política de la representación y el impacto de las teorías postestructuralistas, hará sentir su influencia particularmente en la década del 90. Tal vinculación implicará un debate sobre la conservación o no del concepto “género” allí donde se promovía su uso; o la resignificación del mismo a partir de nuevas reflexiones que suponen el rechazo de la perspectiva dicotómica. La propia Joan Scott, cuyo texto sobre el género como categoría analítica había sido un clásico de la primera genealogía, alaba el entrecruzamiento del feminismo con los postestructuralismos, más allá de Foucault.<sup>44</sup> Ahora defiende una definición de género que marque la intersección del lenguaje con lo social, de la semiótica con la realidad, al incorporar la desconstrucción derrideana.<sup>45</sup> Aporta entonces, nuevas tareas a los análisis feministas del género:

“El objetivo de una lectura deconstruccionista de la semiosis social de género consistirá, entonces, en revelar en distintas formaciones discursivas la constitución histórica del par masculino/femenino, la interdependencia entre los términos. Dar cuenta del modo en que la feminidad sostiene la centralidad del androcentrismo y luego desplazar el término subordinado

<sup>43</sup> *Ibid.*; n.36, pág.38.

<sup>44</sup> Ver Scott, Joan: “Deconstruir igualdad -versus- diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo” en *Feminaria. Año VII. N° 13*. BsAs: noviembre, 1994 [ed. or. 1990].

<sup>45</sup> Borderías, Cristina (ed) *Joan Scott-y las políticas de la historia*. Barcelona: Icaria, 2006, págs. 233-240.

colocándolo por fuera del binarismo de modo tal que eluda el convertirse en condición de posibilidad del término dominante”.<sup>46</sup>

Efectivamente, de las diversas críticas postmodernas, son las postestructuralistas las que han explorado las implicancias de un descentramiento del sujeto moderno que lo vuelve no coincidente con su propia conciencia. Las propuestas feministas que reconsideran la categoría de género a la luz de estas revisiones, primero provocaron un estallido multiplicador de esencias, para resultar luego particularmente fructíferas en los efectos de desnaturalización. Pero en esta tarea no están solas, sino que convergen con los movimientos *queer* y sus producciones teóricas.<sup>47</sup>

“(…) La incorporación de la cultura gay dominante al mercado capitalista, la crisis del Sida y las luchas iniciadas por lesbianas y transexuales, chicanas y negras a finales de los 80 dieron lugar a una serie de movimientos políticos sociales y radicales que serán después elaborados por la academia en lo que se denomina “teoría queer”.<sup>48</sup>

Las políticas y teorías *queer* aluden a todo lo que se aparta de la norma sexual, esté articulado o no, en figuras identitarias. Si bien *queer* y feministas se han mirado con mutua desconfianza, veremos, a través de autoras con la doble pertenencia, que las problemáticas planteadas tienen íntima relación. Así es que otra pensadora clásica de la primera genealogía, Gayle Rubin (1989), considera pertinente la distinción teórica entre los ámbitos de estudios de género y los de sexualidades. Más allá de la distinción teórica, muchos militantes *queer* abogan

<sup>46</sup> Cháneton, July: *Género, poder y discursos sociales*. BsAs: Eudeba, 2007, pág.41.

<sup>47</sup> El conservar o no el término *queer* en español formó parte de un amplio debate (Llamas, Ricardo: *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a “la homosexualidad”*. Madrid: Siglo XXI, 1998, Córdoba García, David: “Introducción a la teoría *queer*” en David Córdoba, Javier Sáez y Paco Vidarte (eds.) *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: Egales, 2005. A pesar de la sugerencia de Llamas, de hablar en términos de “teoría torcida”, el vocablo en inglés tiene varias virtudes. Funciona como adjetivo, verbo y sustantivo (Mérida Jiménez, Rafael (ed): *Sexualidades transgresoras* Barcelona: Icaria, 2002, [ed. or.1998].), no está genéricamente marcado y proviene de la apropiación performativa de un insulto que se trocó en identidad autoasignada.

<sup>48</sup> Córdoba García, David: “Introducción a la teoría *queer*” en David Córdoba, Javier Sáez y Paco Vidarte (eds.) *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: Egales, 2005, pág.22.

en principio por una fuerte crítica al término “género”, al considerarlo en sí mismo normativo y estructurador de la heterosexualidad obligatoria. Por eso suelen estimar que su tema de estudio son las sexualidades y no el género, plasmado a través de las teorías lésbicas, gay, etc.<sup>49</sup> Sin embargo, la riqueza analítica está en su convergencia, como señala Judith Butler:

“Sin duda, la relación entre la práctica sexual y el género no es una relación determinada estructuralmente, pero para poder desestabilizar el supuesto heterosexual de ese estructuralismo aún es necesario concebir los dos términos en una relación dinámica y recíproca”.<sup>50</sup>

En esta segunda genealogía, entonces, aludimos a las resignificaciones del género aportadas por los feminismos postestructuralistas y los movimientos *queer*.

### Rosi Braidotti – devenires antigénero

*precisamos de cartografías, es decir, de lecturas genealógicas encarnadas de nuestras propias y respectivas prácticas teóricas (Rosi Braidotti)*

A las crisis del género anteriormente señaladas, Rosi Braidotti agrega otra, la de la contraposición entre “género” (tradición angloamericana) y “diferencia sexual” (tradición francesa y continental).<sup>51</sup> En esta perspectiva, ella toma partido por la noción de “diferencia sexual”; sin embargo, considera que “conviene bosquejar un breve panorama genealógico del término [género] desde una perspectiva feminista, dada la rica y compleja historia teórica del vocablo”.<sup>52</sup> Su consideración es la de que la adopción del término por parte del feminismo contribuyó a su complejidad pero no a su claridad, volviéndose “opaco”. A pesar de ello, valora las siguientes contribuciones del mismo:

<sup>49</sup> Ver Sedgwick, Eve: *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1998 [ed.or. 1990].

<sup>50</sup> Butler, Judith: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. BsAs: Paidós, 2002 [ed.or.1993], pág.335.

<sup>51</sup> Braidotti, Rosi: *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa, 2004, pág.131.

<sup>52</sup> *Ibid*; pág. 133.

“(…) yo definiría el “género” como una noción que ofrece una serie de marcos dentro de los cuales la teoría feminista ha explicado la construcción social y discursiva y la representación de las diferencias entre los sexos. En la teoría feminista, el “género” cumple principalmente la función de recusar la tendencia universalista del lenguaje crítico, de los sistemas de conocimiento y del discurso científico en general”.<sup>53</sup>

Un punto de convergencia que la autora encuentra en los diferentes feminismos es el ataque al dualismo inherente de las posturas universalistas. Ante ello surgen de su parte dos consideraciones: por un lado, no acepta el concepto “género” pues él mismo “borra” a las mujeres, con lo que las propias feministas incurrirían en feminofobia;<sup>54</sup> por otro lado, en lugar de desacreditar el dualismo, considera que debe ser el punto de partida para la creación de significaciones por parte de las mujeres.

Desde nuestra preferencia por la noción “género”, consideramos que la misma puede ser inclusiva de la sexualidad y tener la complejidad suficiente para no borrar a las mujeres ni a otras identidades sexo-genéricas, siendo además dúctil en el entrecruzamiento con otras dimensiones identitarias. Creemos, incluso, que son las propias autoras que destaca Rosi Braidotti, las que contribuyen a ello:

“(…) las teóricas del género constituyen hoy una nueva generación transdisciplinaria y transnacional de pensadoras, sólidamente ancladas en las humanidades, la filosofía, las ciencias sociales, la antropología, la historia, la semiótica y los estudios literarios. Personas como De Lauretis, Haraway, Butler son pensadoras multiestratificadas que trascienden las fronteras disciplinarias”.<sup>55</sup>

Tanto el carácter transdisciplinario de sus posturas, como sus perspectivas postestructuralistas, la complejización de sus conceptualizaciones del género y la incorporación de las problemáticas *queer*, hacen que las escojamos en nuestro recorrido, en el siguiente orden de aparición: Teresa de Lauretis, Judith Butler, Donna Haraway.

<sup>53</sup> *Ibid*; pág. 134.

<sup>54</sup> Braidotti, Rosi: *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid, Akal, 2005 [ed.or.2002], pág.46.

<sup>55</sup> *Ibid*; n.51, pág.139.

### Teresa de Lauretis – tecnologías excéntricas

*el género es una cuestión radical para la teoría feminista (Teresa de Lauretis)*

Teresa de Lauretis asume la crítica a la identidad unívoca entre mujer y género y a un feminismo que se centra, anquilosa y agota en la reivindicación de “algunas mujeres” hegemónicas. De allí que la autora retome explícitamente las reivindicaciones de los postcolonialismos feministas (Moraga y Castillo, 1982) (Bell Scott, Hull y Smith, 1983). Su consideración es que la teoría feminista como tal se ha hecho posible en una óptica postcolonial (de Lauretis, 2000: 130).

Este cruce con los postcolonialismos implicó a su vez superar la oposición entre igualdad (género) y separatismo (diferencia sexual), para la que se escapaban relaciones de poder y por tanto quedaba ligada al racismo, colonialismo y heterocentrismo. Tal complejización lleva a ser particularmente autocríticos con las propias producciones feministas. Teresa de Lauretis emprende esta tarea al resignificar la noción foucaultiana “tecnología del sexo” como “tecnología del género”. De este modo, entendiendo la necesidad de superar un primer estadio en que la noción de género se asoció a posturas liberales igualitaristas y pretendió abstraer otras relaciones sociales de poder, aquí el género reaparecerá en una articulación compleja que no niega ninguna opresión. Es decir, en su conceptualización de la “tecnología del género”, Teresa de Lauretis generizará las nociones de ideología (Althusser) y de tecnología del sexo (Foucault) para mostrar que las relaciones genéricas de poder se entrecruzan con las demás relaciones sociales de poder.<sup>56</sup>

Entonces ya no es posible reducir el “género” a un producto cultural histórico simplemente inscrito en las personas, sino que se trata de un proceso de producción y de reproducción, de una dinámica productora de sujetos que, a diferencia de las dinámicas de Foucault y de Althusser, produce sujetos generizados. Ahora bien, de las tecnologías productivas de género, no están excluidas las teorías, ni siquiera las feministas. En este sentido, la construcción (y desconstrucción) del género prosigue permanentemente en todos los ámbitos. En consecuencia, siempre es posible la resignificación así como la resistencia:

<sup>56</sup> *Ibid.*, n.41, pág.35.

“Pero existen también los términos para una construcción del género diversa, en los márgenes de los discursos hegemónicos. También estos términos, que provienen de fuera del contrato social heterosexual y que están inscritos en las prácticas micropolíticas, pueden tener un papel en la construcción del género, incidiendo sobre todo al nivel de resistencias “locales”, en la subjetividad y en la autorepresentación”.<sup>57</sup>

Al hacer estas afirmaciones, Teresa de Lauretis está tomando la “tecnología del género” no como mera tecnología de dominación sino como “tecnología del sí mismo”.<sup>58</sup> Es decir, dentro del sentido amplio con que Foucault utiliza “tecnología” para referirse al carácter productivo de los procesos sociales en redes horizontales de poder, las “tecnologías del yo” manifiestan claramente el doble juego en que la producción de sujeto es a la vez de sujeción y de subjetivación; de dominación y de creatividad productiva de placeres. En esa conceptualización se hace patente la idea de que donde hay poder, hay resistencia. De allí el señalamiento de la autora, para quien las tecnologías del género no sólo reproducen sino que son también el lugar de la transformación. Por lo tanto, en la noción de “tecnología del género” Teresa de Lauretis conjuga las foucaultianas de “tecnología del sexo” y “tecnología del yo”.

Es muy interesante observar, además, que las propias teorías feministas juegan estos papeles. Es decir, no es posible llegar a un estado último de conciencia feminista, sino que siempre se está participando del proceso de construcción/deconstrucción del feminismo.

A su vez, esta conceptualización habilita la posibilidad de un sujeto feminista no identificado exclusivamente con “las mujeres” pero tampoco con una idealización de la Mujer (cualquiera sea la esencia con que se la identifique). Es decir, se trata también de un sujeto dinámico, en proceso de producción a través de las prácticas (incluidas las textuales). En el mismo sentido, es un sujeto excéntrico, que está tanto dentro como fuera de la ideología del género y es consciente de ello:

“(…) tanto dentro como fuera del género las mujeres son objeto de representación, pero al mismo tiempo carecen de representación. Que las mujeres

<sup>57</sup> *Ibid.*, n.41, pág.54.

<sup>58</sup> Ver “Tecnologías del yo” en Foucault Foucault, Michel *Tecnologías del yo*. BsAs: Paidós, 1990 [ed.or.1988], págs.44-50. Allí, basándose en Habermas, Foucault clasifica las tecnologías y agrega a las de dominación las del “yo”, cuya traducción más precisa sería “sí mismo” pues la conferencia en inglés utiliza el término *self*.

sigan convirtiéndose en Mujer, sigan siendo prisioneras del género, como el sujeto de Althusser continúa siendo prisionero de la ideología, y que nosotras persistamos en esta relación imaginaria aun sabiendo, como feministas, que no somos esto, sino que somos sujetos históricos gobernados por relaciones sociales reales, que incluyen ante todo el género: ésta es la contradicción sobre la que se construye la teoría feminista y es su misma condición de posibilidad”.<sup>59</sup>

Esta condición de posibilidad puede poner en crisis también el hecho de que el feminismo se reduzca a “cosa de mujeres”. La suposición misma de que “las mujeres” estén dadas y se incorporen posteriormente a juegos de reproducción o de transgresión, sería incompatible con la noción de “tecnologías”. Por el contrario, asumir esta noción puede significar la producción de un sujeto excéntrico y que éste fuera el sujeto del feminismo, con todas sus implicancias.

Junto a esta desestructuración teórica, Teresa de Lauretis asume la de acuñar el término “teoría queer”,<sup>60</sup> en función de evitar los abundantes subtítulos que apelaban a estudios gay y/o lesbianos, no por impedir la asunción de esos puntos de vista, sino en pro de asumirlos tanto como de transgredirlos, trascenderlos, volverlos problemáticos.<sup>61</sup>

<sup>59</sup> *Ibid.*; n.41, pág.44.

<sup>60</sup> Ver De Lauretis, Teresa: “Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities” *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 3, 2. Indiana University Press, 1991.

<sup>61</sup> La autora aclara que cuando escoge este término para reunir una serie de estudios culturales y literarios de diversas perspectivas identitarias, no estaba tomando como referente el activismo de *Queer Nation* cuya existencia todavía ignoraba. Es así que cuando el término se vulgariza y se vuelve tan ubicuo como el de género, va a desestimar su uso. (Butler, Judith *Deshechar el género*. BsAs: Paidós, 2006 [ed.or.2004]) “*QueerNation*, es un grupo creado en Nueva York en 1990 (luego se extendería a Chicago y San Francisco; en Londres el grupo se llama *OutRage*). Es de su autoría uno de los eslóganes más conocidos y que hace referencia a la visibilidad proclamando: *We are here, we are queer, get used to it* (“aquí estamos, somos queer, ve acostumbrándote”)”. (GTQ *El eje del mal es heterosexual*. Madrid: Traficantes de sueños, 2005, pág.53).

## Judith Butler – las disputas del género

*el “ser” del género es un efecto (Judith Butler)*

Judith Butler<sup>62</sup> analiza las implicancias de la dicotomía sexo/género en conjunción con las de la afirmación “no se nace mujer, se llega a serlo” de Simone de Beauvoir publicada en 1949. En aquel entonces, Simone de Beauvoir intentaba desesencializar el “ser mujer”, combatir la noción filosófica del “eterno femenino”, mostrando que el “ser mujer” es una figura histórica construida dialécticamente, según la dualidad Uno/Otro, donde lo Uno representa al Sujeto y lo Otro a la Alteridad. Pero, a diferencia de otras figuras que históricamente han ocupado el lugar de Otro, como los judíos, los proletarios o los negros, la situación de Otro de las mujeres se presenta como un absoluto inmodificable.<sup>63</sup>

Esto implica una tarea para las mujeres, que marcó los feminismos de la segunda mitad del siglo XX: construir el “nosotras”, operar ellas mismas la inversión dialéctica para situarse en el lugar del Uno. Es decir, asumir la labor de devenir mujer.<sup>64</sup>

Estas indagaciones que motorizaron los feminismos de la segunda ola y la apropiación feminista del concepto de “género”, se muestran ahora problemáticas. Por un lado, por la norma implícita en el devenir dialéctico que conlleva un modelo a lograr. Por otro lado, por el peso en el condicionante biológico que fija al sexo como elemento natural.

En su exégesis de estos elementos, Butler sostendrá que el “sexo” es tan producido culturalmente como el “género”. La consideración que habían afianzado los feminismos de la primera genealogía, según la cual el sexo es natural mientras que el género es la construcción cultural realizada sobre el primero como punto de partida, se ve improductiva. Pues al suponer la condición “dada” y “natural” del sexo está ocultando su producción. Butler considerará este concepto como jurídico, en tanto supone previo aquello que contribuye a construir:

<sup>62</sup> Butler, Judith: “Variaciones sobre sexo y género. Una lectura de Beauvoir, Foucault y Wittig” en Cornell y Benhabib *Teoría Feminista y Teoría Crítica*. Valencia: Alfons El Maganím, 1991 [ed.or.1989].

<sup>63</sup> Beauvoir, Simone: *El Segundo Sexo*. Madrid: Cátedra, 2000, pág. 53.

<sup>64</sup> *Ibid.*; n.63, págs. 53 y 63.

“El género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/cultural mediante el cual la “naturaleza sexual” o “un sexo natural” se produce y establece como “prediscursivo”, previo a la cultura, una superficie políticamente neutral *sobre la cual* actúa la cultura. Una de las maneras de asegurar efectivamente la estabilidad interna y el marco binario del sexo es ubicar la dualidad del sexo en un campo prediscursivo. Esta producción del sexo *como* lo prediscursivo debe comprenderse como el efecto del aparato de construcción cultural designado por el *género*”. (Butler 2001: 40)<sup>65</sup>

Una primera reacción ante este descubrimiento llevaría a pensar que es necesario eliminar el “género”, porque no sería más que una duplicación del “sexo”. Sin embargo, de esta manera se estaría desconociendo el procedimiento por el cual es el “género” el que produce al “sexo” como instancia que lo precede de modo prediscursivo. En consecuencia la autora, lejos de abandonar la categoría de género, se dedica a explorar el entramado sexo/género para encontrar todos los eslabones que lo sostienen y dilucidar el efecto de unidad y coherencia que tal trama logra. Es así que hablará en términos de “géneros inteligibles” para aludir a los que muestran una relación “adecuada” entre sexo, género, deseo, orientación sexual y sexualidad.<sup>66</sup> La coherencia entre esas instancias permite identificar unívocamente ya sea “un varón” o “una mujer”, orientado cada uno al encuentro con una persona del sexo opuesto. Por lo tanto, la trama sexo/género con todas las instancias que involucra, es indisociable del carácter normativo de la heterosexualidad.<sup>67</sup> Ahora bien, tal coherencia está naturalizada y la vivimos cotidianamente. De allí que sólo se haga visible en los desvíos, que nos indican su falta. Cuando los géneros no resultan “inteligibles”; por ejemplo, cuando el género no es consecuencia del sexo, o cuando las prácticas del deseo no son consecuencia ni del sexo ni del género; percibimos la desarticulación entre todas las instancias que anudan sexo y género.<sup>68</sup>

De esta manera, la autora incorpora la visión que Derrida promueve sobre la performatividad; es decir, en lugar de analizar su éxito, indagar

<sup>65</sup> *Ibid*; n.36, pág. 40.

<sup>66</sup> *Ibid*; n.36, págs. 50-51.

<sup>67</sup> Butler sigue a Foucault en su noción de genealogía y plantea como objetivo de la misma la labor de cuestionamiento; esto es, de centrar y descentrar instituciones definitorias como son el falocentrismo y la heterosexualidad obligatoria.

<sup>68</sup> *Ibid*; n.36, pág. 58.

las consecuencias de su fracaso. Recordemos que el nivel performativo del lenguaje es el de las proposiciones que no pueden clasificarse en verdaderas o falsas, pues no describen; sino que al instaurar un cambio de estado en el mundo, pueden evaluarse según su éxito o su fracaso.<sup>69</sup>

Por ejemplo, para que la fórmula “los declaro marido y esposa” tenga éxito -en tanto realice el cambio de estado de soltería a matrimonio en los involucrados-, resulta necesaria una serie de condiciones (quién lo dice, cuándo lo dice, cómo lo dice, dónde lo dice...).<sup>70</sup> Así, la eficacia de tal fórmula va en relación con su ritualización, lo que requiere ciertos requisitos que confieren autoridad y legitimidad a los distintos involucrados y a la situación.

Si en lugar de concentrarnos en la adecuación performativa, tal como hiciera Austin, atendemos a las fallas, no sólo podemos comprender la eficacia de tal performatividad, sino también vislumbrar las posibilidades de resignificación que pueden abrirse a partir de las mismas. Este análisis, aplicado por Judith Butler a la constitución de los géneros, permite entender la naturalización de una interioridad esencial como el efecto de operaciones performativas.

Se trata de la convergencia de una performatividad lingüística con una performatividad teatral, que a lo largo de nuestra socialización arroja un “yo” como previo a las actuaciones, las vivencias, la experiencia. El efecto es que nos consideramos de un “género” porque nos detenemos en el resultado, no vemos el proceso y por lo tanto, la construcción nunca acabada del mismo: “El género es una complejidad cuya totalidad se posterga de manera permanente, nunca aparece completa en una determinada coyuntura en el tiempo”.<sup>71</sup>

Ahora bien, si nos detenemos en “la falla”; por ejemplo, en la feminidad ridícula de una travesti, en la exacerbación femenina de una *drag queen*, solemos creer que esa sensación de ridículo se basa en el carácter de imitación. Es decir, solemos considerar que tanto la travesti como la *drag queen*, imitan a las mujeres y por ende, sería el gesto de la imitación aquello que sobresale. Sin embargo, la perspectiva de Butler nos deja vislumbrar que lo ridículo es la pretensión de que haya un original

<sup>69</sup> Austin, J.L. *Cómo hacer cosas con palabras* Barcelona: Paidós, 1982 [ed.or.1962], pág.47.

<sup>70</sup> *Ibid*; n.69, pág.49.

<sup>71</sup> *Ibid*; n.36, pág.49.



al que se copia. Si lo consideramos performativamente, aquello que se destaca en la gestualidad de la *drag queen* es el hecho de que no hay original, de que siempre se actúa, de que no hay otra cosa más allá de la "manera": "Al imitar el género, la travesti manifiesta de forma implícita la estructura imitativa del género en sí, así como su contingencia".<sup>72</sup> La persona "amanerada" no nos evidencia su falsedad sino la nuestra; en este sentido, *todos somos amanerados*: "Así pues, gay no es a hétero lo que copia a original sino, más bien, lo que copia es a copia. La repetición paródica de "lo original" muestra que esto no es sino una parodia de la idea de lo natural y lo original".<sup>73</sup> Esta repetición paródica del género presenta la ilusión de la identidad de género como una profundidad inmanejable y una sustancia interior. Pero el género, en tanto producto de actuaciones reiteradas, no es ni verdadero ni falso; es imposible la autenticidad del género en estos términos. Con lo cual, se parodia la idea misma de un original. En consecuencia, el origen del género es político y discursivo.

Inteligir el carácter performativo del género, su condición de efecto de una construcción político discursiva, su estatuto de ficcional, no significa que puedan generarse géneros a voluntad. Tal producción es histórico política y pueden analizarse sus fallas y desvíos para delinear una resignificación. De allí que no se trate de producir una multiplicación de géneros sino de observar las que escapan al canon de la inteligibilidad heterosexual.<sup>74</sup>

Si el orden normativo que requiere ser desestructurado es el de la heterosexualidad obligatoria, es necesario desplazar lo simbólico hegemónico de la diferencia sexual y "ofrecer, en una perspectiva crítica, esquemas imaginarios alternativos que permitan constituir sitios de placer erótico".<sup>75</sup> Entonces, analizar los desvíos existentes, permite destacar el carácter político de muchas teatralizaciones, como estrategias, por ejemplo, en la lucha contra el SIDA, seguidas por los grupos *queer*.

Así pues, el género está en disputa en varios sentidos. Por una parte, dentro de la historización feminista, en el doble debate de quienes nunca lo aceptaron y de quienes creen que ya cumplió su ciclo. Por otra

<sup>72</sup> *Ibid*; n.36, pág. 179.

<sup>73</sup> *Ibid*; n. 36, pág. 65.

<sup>74</sup> *Ibid*; n.36, pág. 181.

<sup>75</sup> *Ibid*; n.50, pág. 142.

parte, en la territorialización teórico política estadounidense, que produce la segmentación de estudios *queer* y de estudios feministas.

### Donna Haraway – difracciones *cyborg*

*Las feministas del cyborg tienen que decir que "nosotras" no queremos más matriz natural de unidad y que ninguna construcción es total. La inocencia, y la subsecuente insistencia en la victimización como única base de introspección han hecho ya bastante daño. (Donna Haraway)*

La manera de integrar las críticas post sin incurrir en una totalización centralizada la realiza Donna Haraway en base a una fragmentación de la mirada, metaforizada a partir del fenómeno óptico de la difracción, antes que el de la reflexión.

La visión y su contexto de luz/oscuridad metaforizan el conocimiento en occidente desde la consolidación del pensamiento racional en la antigüedad griega, fundamentalmente con Platón. Tales simbolizaciones se profundizan en la modernidad, en el momento de constitución de la nueva ciencia, cuando el conocimiento científico se hegemoniza frente al paradigma hermético. En ambos momentos, prima un ideal de mirada unívoca, integradora de las partes en un todo y desencarnada, ubicada fuera de la realidad, omnisciente.<sup>76</sup> Es decir, en términos monoteístas, "la mirada de Dios" es el ideal cognoscitivo de una objetividad científica neutra. A este tipo de mirada le cabe la analogía de la "reflexión" pues en ella simplemente la imagen formada copia al original desplazando espacialmente su representación.<sup>77</sup>

En cambio, el fenómeno de la difracción no posibilita la representación sino que brinda una interferencia, una multiplicidad de efectos irreductible en una unidad. Este soporte metafórico nos advierte respecto de la imposibilidad de superar la parcialidad. En este sentido, en base a las significaciones de la difracción Donna Haraway toma la noción de "objetividad fuerte" de Sandra Harding para contraponerla a la neutralidad. De esta manera, la objetividad es un proceso de

<sup>76</sup> Ver Keller, Evelyn Fox *Reflexiones sobre Género y Ciencia* Valencia: Alfons El Magànim, 1991.

<sup>77</sup> Ver n. 19.

construcción intersubjetiva que se da a partir de saberes situados, parciales, que nunca logran un cierre definitivo. Hay difracción entonces, en una doble dimensión: no es posible la mirada unívoca para un sujeto personal en tanto está encarnadamente situado y no lo es tampoco para un sujeto colectivo constituido pluralmente.

En esta encarnación situada el género es una situación que actúa conjunta y simultáneamente con muchas otras, por lo que no cabría abstraerlo. La categoría, en cambio, que permitiría conceptualizar los entrecruzamientos específicos plurales es la de *cyborg*.<sup>78</sup> Este concepto implica la imposibilidad de distinguir claramente entre cuerpo y mente, biología y cultura, natural y artificial...

La manera en que Donna Haraway lo pone en juego es considerándolo una figuración: "Una figuración no es una mera metáfora sino un mapa cognitivo políticamente informado que interpreta el presente en función de la propia situación incardinada".<sup>79</sup> En tal sentido, se trata de una imagen performativa que puede ser habitada:

"Mis imágenes del cyborg habitan un régimen espacio-temporal transformado que llamo tecnobiopoder.

(...) uso cyborg como una figura feminista antiracista blasfema"<sup>80</sup>

"El cyborg no está sujeto a la biopolítica de Foucault sino que simula políticas, un campo de operaciones mucho más poderoso.

El cyborg es una especie de yo personal, postmoderno y colectivo, desmontado y vuelto a montar. Es el yo que las feministas deben codificar."<sup>81</sup>

Entender este nuevo sujeto requiere ir más allá del planteo foucaultiano, como ya señalaran de Lauretis y Butler. O sea, vislumbrar qué nuevas operaciones y dispositivos están en juego, que efectúan dicotomías y normatividades, naturalizando cuerpos. Desde la aceptación de que incluso lo que consideramos "natural" es un artificio simbolizado culturalmente y de que la tecnología tiene como principal efecto

<sup>78</sup> "El término cyborg fue acuñado por Mandred Clynes y Nathan Kline (1960) para referirse al hombre potenciado que podría sobrevivir en entornos extraterrestres" (Haraway, Donna: *Testigo Modesto@Segundo Milenio.HombreHembra@ Conoce Oncorotón@ Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC, 2004. [ed.or.1997], pág.69.

<sup>79</sup> *Ibid*; n.78, pág.212.

<sup>80</sup> *Ibid*; n.78, págs. 29 y 315.

<sup>81</sup> *Ibid*; n.19, págs. 278 y 279.

la ilusión de "naturalización", no cabe ya considerar que el género sea una construcción sobre la sexualidad y/o el sexo.<sup>82</sup>

Antes bien, la concepción del *cyborg* nos invita a pensar la complejidad de lo corporal como un atravesamiento múltiple en el que no es posible distinguir fácilmente entre lo natural y lo protésico, por ejemplo. Pensarnos *cyborg* puede habilitarnos la comprensión de cómo el desarrollo tecnológico se invisibiliza a sí mismo para producir una esencialización de la naturaleza. Debemos desconstruir este efecto si queremos comprender las construcciones específicas y localizadas del género, así como de las otras dimensiones con que se articulan (edad, etnia, etc.).

Para tal desconstrucción Donna Haraway propone recuperar al Testigo Modesto (sujeto cognoscente moderno androcéntrico) para desmontarlo desde la objetividad fuerte del *cyborg* en diálogo con otros sujetos como el HombreHembra© de la ciencia ficción<sup>83</sup> o el transgénico Oncorotón® de laboratorio.<sup>84</sup> En el siglo XXI, cuando el ser humano es también una marca registrada, estos sujetos constituyen figuraciones políticamente aptas para desestabilizar el tecnobiopoder. Puede resultar productiva, en consecuencia, la interrelación entre el Testigo Modesto (figuración de los relatos de la ciencia), el/la Hombre Hembra© (figuración del campo narrativo del feminismo antiracista) y el Oncorotón® (figuración de los relatos de biotecnología e ingeniería genética).<sup>85</sup>

El trabajo semiótico de desconstrucción implica entonces producir narrativas con lógicas no salvacionistas, ni edípicas ni cristianas. Evitar

<sup>82</sup> *Ibid*; n.19, pág.341.

<sup>83</sup> Figuración basada en la novela de Jonna Russ, *The Female Man* (1975), protagonizada por cuatro hermanas clonadas: "los cuatro personajes principales (...) son un clon, y son por tanto, genéticamente idénticos, o casi, ya que uno de ellos fue sujeto de la cirugía estética. (...) Sus fronteras están mezcladas desde el principio, como las de casi todos los seres eliminados de las categorías de la cultura y consignados a la biología..." (*Ibid*. n.78, pág. 91).

<sup>84</sup> El oncorotón, una especie animal que posee un gen que le confiere la propiedad de sufrir cáncer permanentemente, fue patentado por la Universidad de Harvard en 1988 en EEUU y en 1992, en Europa. Este animal es un modelo excepcional para investigar sistemas y productos terapéuticos contra la enfermedad y, por tanto, susceptible de ser adquirido por todos los laboratorios del mundo que se dedican a tal fin. La patente reportará ingresos a sus beneficiarios, no sólo los derivados de la venta del oncorotón, sino también de todos los productos farmacéuticos que se hayan obtenido con este ratón en todos los laboratorios del mundo, según publicó *New Scientist* en 1993. Para diversas ONG's como Grain (*Genetic Resources Action International*), de este modo las patentes se convierten en una excusa para que las empresas obtengan beneficios en campos en los que no han invertido nada.

<sup>85</sup> *Ibid*; n.78, pág. 27.

el telos de las historiografías y epistemologías modernas. En este sentido, las teorías políticamente potentes suelen ser vampiras: "Desde los puntos de vista creados en sus fuentes narrativas cristianas (siglo XVII) los vampiros son ambiguos por ser capaces de figurar combinaciones colectivas en una cultura altamente cambiante que permanece obsesionada por la pureza".<sup>86</sup> Esta característica resulta afin a las teorizaciones *queer*.

### ¿Feminismo *queer*?

*Las multitudes queer no son post-feministas porque quieran o deseen actuar sin el feminismo. Al contrario. Son el resultado de una confrontación reflexiva del feminismo con las diferencias que éste borraba para favorecer un sujeto político "mujer" hegemónico y heterocentrado. (Beatriz Preciado)*

Desde los primeros vínculos recelosos entre movimientos feministas y movimientos *queer* a la actualidad, activistas de ambas partes comprenden que las reivindicaciones son sintónicas y que, si están articulados los elementos de género, sexo, sexualidad y deseo, el trabajo sobre cada uno de ellos llevará necesariamente a la revisión de los demás. Así lo considera el Grupo de Trabajo Queer:

"Hacer una apuesta por los feminismos *queer* requiere atender a cómo las diferentes opresiones están articuladas, a cómo el racismo, el clasismo y el heterosexismo se (re)producen violentamente en nuestra cotidianeidad y evitar la salida fácil de fijar *a priori* una exclusión primaria. Porque aunque la homofobia es una opresión violenta en nuestra sociedad heterosexista, y la transfobia todavía más, se adoptan y son vividas subjetivamente de formas muy diferentes en función del género, la clase social, la condición rural o urbana, el tener o no tener papeles, o estudios, o resultar más o menos vulnerables a múltiples interpelaciones racistas. En ocasiones, la homofobia puede constituirse en el transfondo no marcado desde el que se experimenta el racismo o la amenaza constante de ser expulsado de un país (...). Por eso, lo *queer* no debe anular las diferentes diferencias y las implicaciones vitales que suponen; y por eso debemos estar muy atentas a tendencias homogeneizadoras sexistas y racistas sobre quién es percibido

<sup>86</sup> *Ibid.*; n.78, pág. 101.

como sujeto referente de lo *queer* y no presumir un sujeto político ya formado ni una agenda política establecida y fija *a priori*."<sup>87</sup>

Esta idea regulativa que expresa la cita, de "no presumir un sujeto político ya formado ni una agenda política establecida y fija *a priori*", podría conciliar las políticas de ambos movimientos, posibilitándonos la pretensión de un "feminismo *queer*". ¿Qué es lo que suena extraño en ello? Que en principio, los objetivos políticos de cada uno parecerían centrífugos, considerando al feminismo como movimiento "identitario" y al *queer* como post-identitario. Si bien los movimientos *queer* surgen como reacción a los movimientos sociales de lesbianas y de gays que defienden una identidad sexual basada en un ser con deseo homosexual, sus prácticas reflejan el dilema de todos los movimientos identitarios. Es decir, el desplazamiento entre sostener una identidad pública colectiva, que suele forjarse con instituciones culturales y políticas propias, por un lado; y disolver las categorías de identidad y desdibujar las fronteras de grupo, por otro lado.

### Referencias bibliográficas

- Amorós, Celia: "Feminismo y multiculturalismo" en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds) *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Vol.3: De los debates sobre el género al multiculturalismo*. Madrid: Minerva, 2005.
- Anzaldúa, Gloria: *Borderlands/La Frontera. The New Mestiz*. San Francisco: Aunt Lute, 1987.
- Anzaldúa, Gloria y Moraga, Cherrie (eds): *This bridge called my back: Writings by Radical Women of Color* New York: Kitchen Table / Women of Color Press, 1983.
- Anzaldúa, Gloria et alii: *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficante de sueños, 2004.
- Austin, J.L. *Cómo hacer cosas con palabras* Barcelona: Paidós, 1982 [ed. or.1962]
- Beauvoir, Simone: *El Segundo Sexo*. Madrid: Cátedra, 2000. [ed.or.1949]
- Berkins, Lohana: "Un itinerario político del travestismo" en Maffia, Diana (ed) *Sexualidades Migrantes. Género y Transgénero* BsAs: Feminaria, 2003.

<sup>87</sup> GTQ *El eje del mal es heterosexual*. Madrid: Traficantes de sueños, 2005, pág.24.

- Borderías, Cristina (ed) *Joan Scott y las políticas de la historia*. Barcelona: Icaria, 2006.
- Braidotti, Rosi: *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid, Akal, 2005 [ed.or.2002].
- Braidotti, Rosi: *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa, 2004.
- Braidotti, Rosi: *Sujetos nómades* Barcelona: Paidós, 2000.
- Butler, Judith *Deshacer el género*. BsAs: Paidós, 2006 [ed.or.2004].
- Butler, Judith: *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis, 2004 [ed. or.1997].
- Butler, Judith: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. BsAs: Paidós, 2002 [ed.or.1993]
- Butler, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2001 [ed.or. 1990].
- Butler, Judith: "Variaciones sobre sexo y género. Una lectura de Beauvoir, Foucault y Wittig" en Cornell y Benhabib *Teoría Feminista y Teoría Crítica*. Valencia: Alfons El Magnànim, 1991 [ed.or.1989].
- Campillo, Neus: "Ontología y diferencia de los sexos" en Tubert, Silvia (ed) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Cangiano, Cecilia y DuBois, Lindsay (eds): *De mujer a género* BsAs: CEAL, 1993.
- Castoriadis, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad. IyII* BsAs: Tusquets, 1995.
- Cháneton, Joly: *Género, poder y discursos sociales*. BsAs: Eudeba, 2007.
- Chase, Cheryl: "Hermafroditas con actitud" en GTQ *El eje del mal es heterosexual*. Madrid: Traficantes de sueños, 2005 [ed.or.1998]
- Córdoba García, David: "Introducción a la teoría queer" en David Córdoba, Javier Sáez y Paco Vidarte (eds.) *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: Egales, 2005.
- Daly, Mary: *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism* Boston: Beacon Press, 1978.
- De Lauretis, Teresa: *Diferencias*. Barcelona: horas y Horas, 2000.
- De Lauretis, Teresa: "Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities" *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 3, 2. Indiana University Press, 1991.
- Fausto-Sterling, Anne: *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina, 2006 [ed.or.2000].

- Femenías, M<sup>a</sup> Luisa: "Identidades esencializadas/violencias activadas" en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política* N° 38 Madrid: enero-junio, 2008.
- Femenías, M<sup>a</sup> Luisa (comp.): *Perfiles del feminismo Iberoamericano. Vol.2* BsAs: Catálogos, 2005.
- Femenías, M<sup>a</sup> Luisa (comp.): *Perfiles del feminismo Iberoamericano. Vol.1* BsAs: Catálogos, 2002.
- Femenías, M<sup>a</sup> Luisa: "El feminismo postcolonial y sus límites" en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds) *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Vol.3: De los debates sobre el género al multiculturalismo*. Madrid: Minerva, 2005.
- Femenías, M<sup>a</sup> Luisa et alii: "Aportes para una crítica de la Teoría de Género" en Santa Cruz, M<sup>a</sup> Isabel (ed) *Mujeres y Filosofía. Teoría filosófica de género. Vol.I* Bs As: CEAL, 1994.
- Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad. Vol.1* México: Siglo XXI, 1998 [ed.or.1976].
- Foucault, Michel *Tecnologías del yo*. BsAs: Paidós, 1990 [ed.or.1988]
- Foucault, Michel: "Nietzsche, la genealogía, la historia" en *Microfísica del poder* BsAs: La Piqueta, 1980.
- Giberti, Eva: "Trángéneros: síntesis y aperturas" en Maffia, Diana (ed) *Sexualidades Migrantes. Género y Trángénero* BsAs: Feminaria, 2003.
- Gomáriz, Enrique: "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas" en *Fin de siglo, género y cambio civilizatorio*. Chile: Ediciones de la mujer - Isis Internacional, 1992.
- Haraway, Donna: *Testigo Modesto@Segundo Milenio.HombreHembra@Conoce\_Oncorotón® Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC, 2004. [ed.or.1997]
- Haraway, Donna: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, 1995, [ed.or.1991].
- Hull, Gloria; Bell Scott, Patricia y Smith, Barbara (eds): *All the Women Are White, All the Blacks Are Men, but Some of Us Are Brave: Black Women's Studies*. New York: The Feminist Press, 1982.
- Keller, Evelyn Fox *Reflexiones sobre Género y Ciencia* Valencia: Alfons El Magnànim, 1991.
- Llamas, Ricardo: *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a "la homosexualidad"*. Madrid: Siglo XXI, 1998.
- Lorde, Audre: *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Barcelona: horas y Horas, 2003, [ed.or.1998].
- Mérida Jiménez, Rafael (ed): *Sexualidades transgresoras* Barcelona: Icaria, 2002, [ed.or.1998].

- Moraga, Cherrie y Castillo, Ana (eds.): *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco: ism press, 1988, [ed.or.1983]
- Molina Petit, Cristina: *Dialéctica Feminista de la Ilustración*. Barcelona: Anthopos, 1994.
- Nicholson, Linda: "La interpretación del concepto de género" en Tubert, Silvia (ed) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Oliva Portolés, Asunción: "Debates sobre el género" en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds) *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Vol.3: De los debates sobre el género al multiculturalismo*. Madrid: Minerva, 2005.
- Poulantzas, Nicolás: *Estado, poder y socialismo* BsAs: Siglo XXI, 1986.
- Preciado, Beatriz: *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa-Calpe, 2008.
- Preciado, Beatriz: *Manifiesto contrasexual. Prácticas subversivas de identidad sexual*. Madrid: Ópera Prima, 2002.
- Puleo, Alicia (ed): *La Ilustración olvidada: la polémica de los sexos en el siglo XVIII* Barcelona: Anthopos, 1993.
- Puleo, Alicia (ed): *El reto de la igualdad de género* Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.
- Rich, Adrienne: "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana" en *Nosotras... que nos queremos tanto* N°3. Madrid: Colectivo de Feministas Lesbianas, 1985.
- Rubin, Gayle: "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad" en Vance, Carole (comp) *Placer y Peligro. Explorando la sexualidad femenina* Madrid: Talasa, 1989 [ed.or. 1984].
- Rubin, Gayle: "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo" en Navarro M y Stimpson C. (comp) *¿Qué son los estudios de mujeres?* México: FCE, 1998 [ed.or. 1975].
- Santa Cruz, Mª Isabel (ed): *Mujeres y Filosofía. Teoría filosófica de género. Vol I y II*. BsAs: CEAL, 1994.
- Scott, Joan: "El movimiento por la paridad: un reto al universalismo francés" en Borderías, Cristina (ed) *Joan Scott y las políticas de la historia* Barcelona: Icaria, 2006.
- Scott, Joan: "Deconstruir igualdad -versus- diferencia: usos de la teoría posestructuralista para el feminismo" en *Feminaria. Año VII. N° 13*. BsAs: noviembre, 1994 [ed.or. 1990].
- Scott, Joan: "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Cangiano, Cecilia y DuBois, Lindsay (eds) *De Mujer a Género*. BsAs: CEAL, 1993 [ed.or. 1985].

- Sedgwick, Eve: *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1998 [ed.or. 1990].
- Soley-Beltrán, Patricia: "¿Citaciones perversas? De la distinción sexo-género y sus apropiaciones" en Maffia, Diana (ed) *Sexualidades Migrantes. Género y Transgénero* BsAs: Feminaria, 2003.
- Tubert, Silvia (ed): *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Tubert, Silvia: "La crisis del concepto de género" en *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Valcárcel, Amelia: "La memoria colectiva y los restos del feminismo" en Valcárcel, Amelia y Romero, Rosalía (eds) *Los desafíos del feminismo ante el siglo XXI* Sevilla: Hypatia, IAM, 2000.
- Valpuesta, Rosario: "La ciudadanía de las mujeres. Una conquista femenina" en de la Fuente Núñez de Castro, Mª Soledad y Liñán García, Ángeles (coords) *Género y Derecho. Luces y sombras en el ordenamiento jurídico español*. Málaga: CEDMA, 2008.